

FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD
(Badajoz, Santa Iglesia Catedral, 31/05/2026)

Queridos hermanos sacerdotes, queridos jóvenes que recibiréis el sacramento de la confirmación, padres, padrinos, catequistas y demás fieles que también hoy llenáis nuestra Catedral: ¡El Señor os dé la paz! Celebramos hoy la solemnidad de la Santísima Trinidad, el misterio central de nuestra fe: un solo Dios en tres Personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No adoramos a un Dios solitario, sino a un Dios que es familia, comunión, amor eterno y entrega recíproca.

En el Evangelio Jesús promete el Espíritu Santo, que nos conducirá hasta la verdad plena (cf. *Jn* 6, 13). El Padre envía al Hijo para salvar el mundo, y el Espíritu mantiene viva en nosotros la presencia de Cristo. Toda la historia de la salvación nace del amor del Padre, pasa por el corazón del Hijo y llega a nosotros por la fuerza del Espíritu.

Como se afirma en el evangelio proclamado (cf. *Jn* 3, 16-18), la Trinidad no es un problema o un acertijo matemático que resolver, sino un misterio de amor que contemplar y vivir. El amor del Padre es tan desbordante, que no se reserva nada, nos da a su Hijo. El Evangelio nos revela que la Trinidad es, en esencia, una comunidad de amor donde cada persona vive para la otra y se dona por completo. Hemos sido creados a imagen de ese Dios comunión-familia, por eso cuanto más vivimos en el amor, en la unidad, en el perdón y en la fraternidad más reflejamos el rostro de Dios. Además, cada vez que hacemos la señal de la cruz recordamos que vivimos “en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. Toda nuestra vida comienza y termina bajo el abrazo de la Trinidad.

Queridos jóvenes que hoy recibiréis el sacramento de la confirmación, ¿qué os pide dicho sacramento? Os pide, en primer lugar, que como la Trinidad, seáis constructores de fraternidad, de comunidad, de Iglesia. Al estar creados a imagen de un Dios que es Trinidad (relación, diálogo y comunión), los cristianos estamos llamados a no vivir aislados, sino a construir vínculos de fraternidad. El sacramento que hoy recibís os pide que os hagáis don para los demás, os pide que acojáis el perdón y la paz que Cristo nos trae. El Padre envió al Hijo no para condenar al mundo, sino para que se salve por Él. Aceptar este misterio nos invita a eliminar actitudes de juicio y condena hacia los que están a nuestro lado. Sed reflejo del amor trinitario. Que vuestra vida sea un eco de ese abrazo trinitario, caracterizado por la entrega, la comprensión y el servicio desinteresado hacia quienes nos rodean.

El Espíritu os pide también que seáis constructores de unidad. El día de pentecostés cada uno oía hablar a los apóstoles en su propia lengua (cf. *Hch* 2, 6-12). El Espíritu Santo no anula la diversidad, sino que la armoniza de tal forma que toda diversidad enriquece a su Iglesia. El Espíritu Santo crea y sostiene a su Iglesia en el respeto por la diversidad, llevándonos a caminar juntos, a trabajar juntos con todos, aun con aquellos que no tienen mis gustos, mi misma forma de pensar, ni actúan como nosotros. Derribad toda clase de muros. Construid puentes y así en vuestra vida seréis espejo donde los demás puedan acercarse al misterio de la Santísima Trinidad.

El Espíritu os envía en misión para que, siendo discípulos de Jesús, seáis sus testigos allí donde estéis (cf. *Hch* 1, 8): en vuestras familias, en el grupo de jóvenes con los que os relacionáis, en vuestro colegio, universidad o en vuestros lugares de trabajo y diversión. Nunca

os avergoncéis de ser discípulos y misioneros de Jesús y de su evangelio, recordando que el Espíritu que hoy recibiréis en su plenitud por el sacramento de la confirmación os acompañará siempre y os dará la fuerza necesaria para que nunca mengüe vuestra condición de discípulos. El Espíritu será quien hable por medio de vosotros (cf. Mt 10, 19-20). No tengáis miedo de manifestaros como lo que sois: testigos de Jesús.

Entre los muchos dones que os dará el Espíritu está el temor de Dios, principio de la sabiduría. Temor de Dios que no es miedo o terror hacia un castigo. Temor de Dios que es conciencia filial, haciéndonos comprender que somos hijos infinitamente amados por Dios. Temor de Dios que no es miedo, sino un profundo respeto, reverencia y conciencia de la grandeza divina. Este don os ayudará a reconocer vuestra pequeñez, a apartaros del pecado por amor y confiar plenamente en el Padre y a tomar las decisiones rectas y sensatas. El temor de Dios nos permitirá abandonarnos en la bondad de nuestro Padre que nos quiere, tanto que envió a su Hijo al mundo para salvarnos.

¡Cuán necesitados estamos hoy del temor de Dios! Pienso en quienes viven de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pienso en los que explotan a los menores de edad o que abusan de ellos, pienso en los fabricantes de armas, pienso en los corruptos que adoran el ídolo dinero como lo llama san Pablo, pienso en los traficantes con droga. Todos ellos no tienen el temor de Dios y de una manera u otra son mercaderes de muerte y muchos de ellos producen mercancía de muerte. “Que el temor de Dios les haga comprender que un día todo acaba y que deberán rendir cuentas a Dios” (Papa Francisco).

El Espíritu hoy os pide abriros al designio de Dios sobre vosotros. Que os quiere buenos padres de familia: no tengáis miedo. Que os pide ser consagrados: No tengáis miedo. Que os pide ser sacerdotes: no tengáis miedo. El Espíritu os dará la fuerza necesaria para serle fieles en la vocación a la que os llame.

Queridos amigos que hoy os vais a confirmar, queridos hermanos que los acompañáis: pidamos hoy con más fuerza que el Espíritu Santo venga sobre estos jóvenes: que derrame sobre ellos los siete dones, que estos jóvenes sean verdaderos testigos de Jesús.

Hoy el Espíritu no solo desciende sobre estos jóvenes, sino sobre todos nosotros, sobre la Iglesia que peregrina en estas tierras extremeñas. Acojámoslo sin resistencia alguna. Y nuestra Iglesia y sociedad cambiarán: serán reflejo del rostro de la Trinidad familia. *Fiat, fiat. Amén, amén.*